

RAFAEL CABRERA. UN ATENEÍSTA OLVIDADO

RAFAEL CABRERA. A FORGOTTEN ATENEÍSTA

JOSÉ CARLOS BLÁZQUEZ ESPINOSA
BENEMÉRITA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, COLEGIO DE HISTORIA (MÉXICO)

<https://orcid.org/0000-0002-6031-0508>
jose.blazquez@correo.buap.mx

Fecha de recepción: 18 de febrero de 2025

Fecha de aceptación: 12 de agosto de 2025

Resumen:

El artículo pretende recuperar la presencia de un poeta olvidado. Inicia con las evocaciones que tanto Alfonso Reyes como Julio Torri escribieron sobre el poeta poblano Rafael Cabrera. Hace un trazo biográfico y recalca en lo que fue, con seguridad, el trabajo más importante de su juventud: la publicación de la revista de cultura y arte *Don Quijote*. Como Reyes, Cabrera ingresó a la diplomacia. Durante su estancia en Europa, mantuvo una correspondencia intensa con quien sería su amigo y confidente: Julio Torri. Este, en sus años de juventud, le había obsequiado un libro de historias breves de Marcel Schwob: *Vidas imaginarias*. Cabrera no sólo tradujo esta obra sino que hizo lo mismo con otras más del mismo autor. Rafael Cabrera fue el autor de un solo libro de poemas que lleva por título *Presagios*. La correspondencia con Julio Torri da cuenta de un Rafael Cabrera sensible a la belleza femenina.

Palabras clave: Revista Don Quijote, Presagios, Bohemia Poblana, Revolución mexicana, Marcel Schwob.

Abstract:

The article aims to recover the presence of a forgotten poet. It begins the evocations that both Alfonso Reyes and Julio Torri wrote about the Puebla poet Rafael Cabrera. He makes a biographical outline and focuses on what was, without a doubt, the most important work of his youth: the publication of the culture and art magazine *Don Quijote*. Like Reyes, Cabrera entered diplomacy. During his stay in Europe, he maintained an intense correspondence with who would become his friend and confidant: Julio Torri. In his younger years, he had given him a book of short stories by Marcel Schwob: *Vies imaginaires*. Cabrera not only translated this work but did the same with others by the same author. Rafael Cabrera was the author of a single book of poems entitled *Presagios*. The correspondence with Julio Torri shows that Rafael Cabrera was sensitive to feminine beauty.

Keywords: Revista Don Quijote, Presagios, Bohemia Poblana, Mexican Revolution, Marcel Schwob

Las evocaciones

Rafael Cabrera Camacho¹ —autor poblano de un solo libro de poemas titulado *Presagios* y cuya primera versión apareció en 1912—, murió el 21 de febrero de 1943. Su libro y su persona permanecen entre brumas. En aquel entonces, su desaparición física provocó la evocación nostálgica de su amigo Alfonso Reyes. Julio Torri, cómplice en las palabras, lo haría años después. En ese aciago febrero de 1943 Reyes le recordaba como:

1 Texto presentado en el XXXVIII Congreso que el Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana (IILI) organizó en 2010. La versión digital estuvo alojada en una página que el Instituto mantuvo en la web durante un tiempo. No obstante, al desaparecer ésta, desaparecieron este y otros trabajos. Hoy, con algunas modificaciones que espero lo enriquezcan, lo recupero del olvido.

[...] un caballero sin tacha, un hombre de probidad acrisolada, un representante de aquella tradicional cortesía mexicana, que hace un siglo todavía causaba [...] asombro. Dulce poeta en la juventud, los accesos de hipersensibilidad que, como relámpagos, comenzaron a cruzar su existencia, le aconsejaron alejarse del peligroso comercio de las Musas, que siempre cobran en salud los beneficios que imparten (Reyes, 270).

Recordaría, además, su temperamento nervioso y frágil al que impondría la “disciplina de la razón”. Podía pasar —no le eran desconocidos a Reyes los demonios que le habitaban— como “modelo de severidad y conducta”. Evocaría su elegancia, su pulcritud y abrigaba la esperanza de que hubiera dejado obras inéditas. No pasaba por alto su servicio en la diplomacia mexicana, si bien puntualizaría que en no pocas ocasiones —diplomático él mismo, conocedor de los vericuetos y sinsabores palaciegos— los aciertos en el servicio exterior se abonaban a cuenta de los gobiernos y no de los representantes.

Julio Torri tendría oportunidad de evocarlo el 20 de junio de 1954, once años después de su muerte, cuando en el viejo paseo de San Francisco, en la ciudad de Puebla, donde eventuales orquídeas habitan en lo alto de las copas de árboles centenarios, la Bohemia Poblana —círculo de escritores y artistas que hegemonizó el quehacer cultural en el tramo final de la primera mitad del siglo XX— inauguraba un hemicíclo en su honor y donde un busto, al centro, era coronado por la lira y la pluma: la música convertida en palabras. A su derecha la frase: “Hizo florecer el sentimiento en las almas”; a su izquierda: “Sirvió dignamente y honró a la patria”. Bajo el bronceo busto su nombre: Rafael Cabrera, más abajo el quehacer por el cual sería conocido: “poeta y diplomático”, y el periodo de su vida: 1884-1943. Evocó Torri ante los asistentes:

Era alto, robusto, de noble apariencia. Muy blanco, sanguíneo; bajo la frente hermosa y pálida, los ojos escrutadores y la mirada penetrante. Muy atildado siempre en el vestir y de trato muy fino. De delicadeza de sentimientos, franco, generoso, muy complaciente

y leal en la amistad, un caballero en toda la extensión de la palabra. Siempre nervioso con nerviosidad un tanto enfermiza. De gran rectitud, su vida fue verdaderamente ejemplar. Hidalguía, nobleza de alma, señorío, distinción, las notas dominantes de su ser moral (Torri, *El ladrón de ataúdes*, 53).

Rafael Cabrera se había dado a conocer por su participación en los Juegos Florales organizados por los estudiantes del Colegio del Estado de Puebla en 1902. Entonces se hizo acreedor a una mención honorífica por su poema titulado “A unos ojos negros”. En esa justa poética otro de los participantes, Atenedoro Monroy, había ganado el primer lugar en el último de los temas a concurso: “Valor estético de las obras de la escuela decadentista”. No es gratuita esta mención. Líneas adelante se verá el porqué.

En el anverso del hemicycle erigido en su honor, está grabado a hueco y en letras palo seco, el fragmento de un poema de evocaciones nacionalistas dedicado a los Niños Héroes de Chapultepec y leído en 1910, durante los festejos del Centenario de la Independencia y con la presencia de Porfirio Díaz: ¡Sursum Corda!, esa locución latina que invita a mantener, pese a las adversidades, el ánimo en alto, en alto los corazones. El poema, y la actividad que había desempeñado anteriormente, le valdría a Cabrera incorporarse a la constelación de jóvenes poetas nacionales.

Alfonso Reyes, el ahuhuete de las letras mexicanas, y Julio Torri, el bonsái de nuestra literatura (las analogías son de José Emilio Pacheco)², eran cinco años menores que él; el primero le sobreviviría 16 años; el segundo 27; en Reyes, Cabrera reconocería al maestro; en Torri, al camarada y confidente. Con ambos sostendría una irregu-

2 José Emilio Pacheco se refirió a Alfonso Reyes como el “ahuehuete” y a Julio Torri como el “bonsái” de las letras mexicanas; el primero por la vastedad de su obra; el segundo, por la brevedad de ésta. Lo hizo en, al menos dos ocasiones. En su columna “Inventario” del 2 de marzo de 1981, publicada en *Proceso* y que lleva por título “Julio Torri o la humildad premiada”, y en la del 4 de noviembre de 2011: “Nuevo diálogo de los libros... Julio Torri entre la brevedad y la completud”, también en *Proceso*. La primera de ellas sería compilada en el Volumen I de *Inventario antología* publicada por ERA en enero de 2017.

lar correspondencia que sólo a finales del siglo pasado conoceríamos para tener una imagen distinta del poeta poblano.

Los trazos biográficos

La publicación más reciente de la obra de Rafael Cabrera (a contrapelo del título de este trabajo) es una *Breve antología poética*, publicada en el 2002. Con la, en efecto, breve antología (contiene 9 de los 63 poemas que se conocen de Cabrera), a cargo de Salvador Cruz, la Secretaría de Cultura de Puebla inició la colección “Rescate y homenaje”. En las nueve líneas introductorias se nos informa que:

El poeta poblano Rafael Cabrera (1884-1943) estudió en el Colegio del Estado hasta culminar la carrera de médico. Perteneció al Ateneo de la Juventud y en 1912 publicó su primer y único libro *Presagios*, que ha llegado a su tercera edición con un total de 63 poemas. Sobre él han escrito Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, Genaro Estrada, Alejandro Quijano y Juan Enrique Palacios.” (Cabrera, *Breve...* 7).

Ese mismo año, 2002, la colección “Memoria poblana”, de la editorial ACD publicaría el facsímil de un libro publicado en 1913: *Florilegio, de poetas y escritores poblanos por nacimiento o por haber hecho en el Estado su carrera literaria*. La autoría es de Alfonso G. Alarcón y Ricardo Saúl Rodiles, contemporáneos de Cabrera; un prólogo de Gerardo Díaz y Cortés advierte sobre el valor cultural y literario de esta “joya rescatada del pasado y arrebatada al olvido” (Alarcón, Rodiles 3). Entre los textos de los 24 autores incluidos (18 de ellos poblanos), Rafael Cabrera pasa lista de presente con un relato, “Los libros viejos”, y un poema, “Canción de otoño”. Las líneas dedicadas a su persona, en el ejemplar de 1913, señalan que:

Nació el 5 de marzo de 1884 en la ciudad de Puebla. Fueron sus padres el señor Ingeniero Ángel Cabrera y la señora Elena Camacho.

Hizo sus estudios elementales en la Escuela Anexa a la Normal de Profesores, de 1892 a 1898.

Fue premiado en los juegos florales de 1902 en Puebla. En 1899 ingresó al Colegio del Estado, donde cursó sus estudios preparatorios y profesionales en la Carrera de Medicina, habiendo recibido su título de Médico Cirujano el 16 de Diciembre de 1910. Desempeña actualmente el empleo de Bibliotecario en la Biblioteca 'Lafragua' y es Médico civil agregado al Hospital Militar en Puebla. El Dr. Cabrera es miembro del Ateneo de la Juventud de México. Ha colaborado en los principales periódicos literarios del país y en algunas Revistas extranjeras.

* * *

Poeta lírico de robusta inspiración, quizá uno de los poetas más altos de la República. Distínguese también en la poesía épica. Cultiva habitualmente la erótica, y en prosa prefiere el cuento (126)³.

Entre uno y otro texto median 89 años. En el ínter, pero casi al finalizar el siglo, aparecerían dos obras más de género epistolar en las que el trazo biográfico de Cabrera aumentaría: *Alfonsadas, correspondencia entre Alfonso Reyes y Rafael Cabrera, 1911-1938*, y *Epistolarios*, de Julio Torri; la primera con una introducción de Serge I. Zaïtzeff, la segunda con un estudio preliminar también a cargo del investigador de la Universidad de Calgary, Canadá, y en donde Cabrera revela una faceta poco conocida: la lúdica complicidad con Torri, el dulce asombro ante la belleza femenina.

Allí sabemos que, además de ser el autor de un solo libro, el ya mencionado *Presagios*, Rafael Cabrera dirigió la revista literaria *Don Quijote* en los años que van de 1908 a 1911, al tiempo que realiza sus estudios de medicina; que colaboraría en *Savia Moderna*, *El mundo ilus-*

3 Enrique Cordero y Torres retoma algunas de las líneas del *Florilegio*, amplía los datos biográficos en lo que respecta a su carrera diplomática, notifica la segunda edición de *Presagios*, aunque equivoca el dato puesto que fecha su aparición en 1938 cuando en realidad apareció tres años antes bajo el sello de La Enseñanza S.A. de C.V., Puebla, y no duda en llamarlo "El poeta contemporáneo más alto de la República Mexicana"; véase Cordero 1943.

trado y en *Arte y Letras*. Ramón López Velarde, el poeta de la “Suave Patria”, destacaría, en 1908, un cuento de Cabrera entre “las muy bellas cosas” que ha leído (López 815).

En el 2001, Antonio Esparza Soriano, en *Tiempo universitario*, señala:

El desarrollo de las letras poblanas en el siglo XX es casi desconocido. Pocos y muy aislados esfuerzos se han realizado para estudiar y difundir la obra de autores de provincia, por más que muchos de ellos pueden competir, con ventaja, con los valores de la literatura nacional. Bastará para confirmarlo mencionar el caso de Rafael Cabrera, poeta poblano egresado del Colegio del Estado, excluido de todas las antologías de la poesía mexicana, a pesar de que fue uno de los pilares del Ateneo de la Juventud, y renovador importante de la escuela modernista (Esparza 2001).

La bruma sigue cubriendo a Rafael Cabrera.

Don Quijote

La revista *Don Quijote* tuvo como artífices a los estudiantes de medicina del Colegio del Estado de Puebla Rafael Cabrera y Alfonso G. Alarcón (originario de Chilpancingo, Guerrero) quienes fungieron como sus directores; Aurelio M. Aja era el secretario de Redacción, y Gil Jiménez el administrador. La revista nació en febrero de 1908 y desapareció en enero de 1911. Tres años justos. Era una revista cuyo número de sus páginas varió de 16 a 20. Alcanzó a publicar 36 ejemplares (incluyendo el prospecto) agrupados en cuatro tomos. Una publicación fina que acusa la influencia del Art Nouveau en los bordes decorativos y figuras geométricas que acompañan a sus textos e imágenes.

En sus páginas participaron, entre otros, Felipe T. Contreras, Manuel Rivadeneyra y Palacio, José Miguel Sarmiento, Eduardo Correa, María Enriqueta, Rafael Serrano, Juan Sánchez Azcona, Andrés Calcaño, Bonifacio Byrne, M. A. Silva Gandolphi, Gregorio Martínez Sierra, Santiago Rusiñol, Luis Sánchez Pontón, Francisco Escobedo, Julio Torri, Mariano Azuela, Cayetano Rodríguez Beltrán y Amado Nervo. Tradujeron a Ernest Mourguet, Selma Lagerlöf, Gastón Rageot,

Georges Grappe, Edgar Allan Poe, Giuseppe Fanciulli, John Ruskin, Henryk Sienkiewicz, Mikhail Yuryevich Lermontov, Annie Trumbull Sloss. En las ilustraciones destacan W. Gentz, Diego Morón, Leonardo Bastolfi, J. P. Hernández, Rafael Cabrera y Alfonso G. Alarcón⁴. La revista tenía secciones: “Joyas literarias”, “Sección bibliográfica”, “Arte extranjero”, “Poemas en prosa”, y “Tipos callejeros”.

Don Quijote aparece nueve meses después de la publicación del último número de la segunda época de la *Revista Azul*, dirigida por Manuel Caballero. No parece ser una casualidad. Ésta, como se recordará, había hecho de la guerra contra el decadentismo, esa expresión extrema del Modernismo, su bandera. En el prospecto de la *Revista Azul*, página 2, Manuel Caballero no esconde su animadversión hacia el Modernismo. Escribe:

No; el mal del modernismo no consiste en que sean sus sectarios una legión de imbéciles. Si tal fuera el caso, no habría necesidad de escribir ni una mala hoja de papel para combatirlos. Los hay, con efecto y en número muy grande, cuyo único prurito no es otro que parecerse a sus ídolos, en la manera extravagante de presentar las ideas, convirtiendo el lenguaje, y su divina floración, el verso, en un grotesco arlequín que se viste de parches abigarrados y chillones, sin que por encima de ellos haya otra cosa que un vil cerebro de mico (Curiel 1996).

El texto de Caballero termina con la frase lapidaria escrita en mayúsculas, para que se advierta que no hay asomo de duda: “El que no está conmigo está contra mí”. En el primer número aparece, en un cintillo inmediatamente abajo del cabecal y el directorio, la lista de colaboradores. Entre ellos es posible reconocer a algunos de los que participa-

4 Debemos la nómina aquí señalada a Ruth Miraceti Rojas Jiménez, quien dedicó un apartado de su tesis doctoral a la revista *Don Quijote*, “Revistas literarias...”, p. 89. Esta nómina fue presentada también en un artículo de Alejandro Palma Castro y Ruth Miraceti Rojas Jiménez: “*Don Quijote. Revista Mensual de Arte* (1908-1911): estudio inicial de la cultura literaria en Puebla durante la primera década del siglo XX”, publicado en *Connotas. Revista de Crítica y Teoría Literarias*. Núm. 21, 2020. En este ensayo se hace una reflexión, acaso la primera, de la revista *Don Quijote*.

rían en *Don Quijote*: Alfonso G. Alarcón, Rafael Cabrera, el presbítero Federico Escobedo, Eduardo Gómez Haro, Atenedoro Monroy. Estaban, además, Eduardo Correa, Federico Gamboa, José López Portillo y Rojas, José Peón del Valle, Victoriano Salado Álvarez; entre las mujeres aparecen Severa Aróstegui y Laura Méndez de Cuenca.

Debajo de la nómina de colaboradores la frase, también en mayúsculas: “Nuestro programa: ¡Guerra al Decadentismo! Restauraremos el arte limpio, sano y fuerte”. Y ya, en el número 1, correspondiente al 7 de abril de 1907, el que sería, considero, el fundamento teórico de esa guerra al Decadentismo: el ensayo de Atenedoro Monroy titulado “Valor estético de las obras de la escuela Decadentista”, que su autor había presentado en los Juegos Florales de Puebla organizados por los estudiantes del Colegio del Estado en 1902⁵. El trabajo sería publicado por partes e ininterrumpidamente hasta la desaparición de la revista en su número 6, quedando inconcluso el escrito⁶.

Fernando Curiel ha documentado ese episodio de la vida literaria en México en el que Manuel Caballero y su *Revista Azul* la emprende en contra de la *Revista Moderna de México*. El saldo es conocido. La *Revista Azul*, que escasamente había encontrado suscriptores, se declarará en bancarrota suspendiendo su publicación, según informó el propio Caballero, el 12 de mayo de 1907. Recuérdese también, la Protesta literaria que se realizó el miércoles 17 de abril de ese mismo año, apenas aparecida la empresa de Caballero y que definió dos bandos en el campo literario mexicano. En ésta se pronunciarían, entre otros, Alfonso Cravioto, Alfonso Reyes, Rafael López, Pedro Henríquez

5 Se puede consultar la Tesis doctoral “De lides poéticas, sus protagonistas y un combate al modernismo” en donde estudio los juegos florales que se realizaron en los dos primeros años del siglo XX.

6 El ensayo de Atenedoro Monroy sería publicado en lo que podríamos llamar las memorias de *Los Juegos Florales de Puebla, organizados por los estudiantes del Colegio del Estado*, en febrero de 1903, y que fueron impresas en el establecimiento tipográfico de Campomanes y Compañía. Meses antes, finales de 1902, fue publicado como un opúsculo de 72 páginas por la imprenta Artística Miradores 1. Posteriormente en la *Revista Positiva*, de Agustín Aragón, el 23 de abril de 1903, y finalmente por entregas, pero inconcluso, en la *Revista Azul*, segunda época.

Ureña. Para esta juventud, que se decía a sí misma “mayoría de hecho y por derecho y del núcleo de la juventud intelectual” la empresa de Caballero no representaba para ellos sino una “obra de irreverencia y falsedad” añadiendo:

En buena hora que cualquier viejo funde revistas con el nombre de “azul” o de otro color, y declare la guerra a molinos de viento y a fantasmas imaginarios, pero que no venga llamándose redentor y depurador del arte, continuador del Duque y guía de la juventud. [...] nosotros no defendemos el Modernismo como escuela, puesto que a estas horas ya ha pasado, dejando todo lo bueno que debía dejar... [...] *Somos modernistas, sí, pero en la amplia acepción de ese vocablo, esto es: constantes evolucionarios, enemigos del estancamiento, amantes de todo lo bello, viejo o nuevo, y en una palabra, hijos de nuestra época y nuestro siglo.* [...] ¡Momias a vuestros sepulcros! ¡Abrid el paso! ¡Vamos hacia el porvenir! (Luna, 335-336)⁷.

Max Henríquez Ureña, en su discurso pronunciado ese 7 de abril, reivindicaba a Manuel Gutiérrez Nájera como uno de los fundadores del Modernismo y decía:

La crítica ha reconocido unánimemente que Gutiérrez Nájera fue, en compañía de Rubén Darío, Julián del Casal y José Martí, uno de los cuatro fundadores del Modernismo. Y aquí cabe, señores, declarar, que lo que se llamó Modernismo por una necesidad de designación, está lejos de indicar sectarismo ni limitación al pensamiento. Bastará con analizar la personalidad literaria, tan diversa, de los cuatro fundadores del Modernismo en América, para comprender que el programa de esa escuela era tan amplio, que tuvo que resolverse como declara Leopoldo Lugones, en “La conquista de la independencia intelectual” (Hernández Luna, 338).

Tanto la *Revista Azul*, de Caballero, como los integrantes de la Protesta literaria reivindicaban la personalidad de Gutiérrez Nájera. Nájera devenía capital simbólico y su apropiación significaba, de alguna ma-

7 Cursivas en el original.

nera, una legitimad en el campo de las letras mexicanas. La *Revista Azul*, con sectores de intelectuales de la provincia, quiso dar el golpe en la propia capital, allí donde el Duque había desarrollado su carrera literaria. Pero los futuros Ateneístas no estaban dispuestos a ceder la plaza. Esa protesta tendría que continuar por otros medios hasta desaparecer, finalmente.

Rafael Cabrera, quien frisaba en ese momento los 23 años, saludó la aparición de la *Revista Azul* con la enjundia de su juventud. Muy cercano a Atenedoro Monroy, no dudó en escribirle a Manuel Caballero el 31 de marzo de 1907:

Es verdad que el *decadentismo* ha cundido rápidamente en nuestra República, pero no es, ni puede por ningún título ser endémico; si en Francia nos explicamos lógicamente su aparición, como el fruto necesario y fatal del medio y de la raza, no así en México, que comienza a vivir, que tiene los vigos y las lozanías de la juventud; aquí entre nosotros es hijo de la imitación y de la “pose”, aquí entre nosotros no es ni puede ser *sincero*.

¿A qué repetir lo que usted sabe mejor que nadie?... Ya es tiempo de destruir de una vez y para siempre, tanta *poesía* alcohólica; tanta “glorie” adquirida en cenáculos consagradores; tantos alambiques que pretenden quintaesenciar el arte, siendo así que todo aquello que no sea hijo de un pensar alto, de un sentir hondo y de un hablar claro, no es Poesía; ya es tiempo de protestar de manera definitiva y radical contra los falsos sacerdotes, que le inyectan a nuestro Dios, morfina, con sus jeringuillas de Pravaz, y le acercan a los labios el ajenjo opalino (Curiel, *Tarda* 72).

En ese momento Rafael Cabrera y Alfonso Reyes se encontraban en bandos distintos. No podían saber que el destino les uniría en una fraternal amistad.

La *Revista Azul* en su segunda época, se sabe, tiene vida breve, brevísima: el prospecto aparecerá en marzo de 1907, y el número 6, el final, en mayo del mismo año. Apenas tres meses de vida. Nueve meses después, en febrero de 1908, en Puebla, surge la revista *Don Quijote*.

Además de ser la una expresión de arte y la cultura desde la provincia, retomaba las banderas contra el decadentismo y el modernismo.

Publicada en años aciagos para la república —fin del Porfiriato y antesala de la etapa violenta de la Revolución Mexicana—, *Don Quijote*, en su primera época, peregrinaría por varias imprentas. De acuerdo con Enrique Cordero y Torres, la revista estudiantil (y es importante destacar ese carácter) había sido, por lo menos hasta 1947, año en que publica su *Historia del periodismo en Puebla*, la más importante de cuantas se habían publicado; “dejó —escribió entonces— hondo recuerdo por su labor eminentemente cultural, no sólo en las filas estudiantiles, sino sentida y apreciada en todos los círculos intelectuales poblanos” (Cordero, 365).

En 1947 Enrique Cordero y Torres señaló que la revista se tiró en la imprenta “El Escritorio”, cuyos “magníficos talleres estaban en la calle de Zaragoza (hoy avenida Reforma) número 8”. Destaca como mecenas único de los cuatro tomos que se formaron a don Lorenzo M. Aburto y señala a Rafael Cabrera y Alfonso G. Alarcón como sus directores, a Aurelio M. Aja como secretario de Redacción, y a Gil Jiménez como administrador. Salvo Aja, los tres restantes eran estudiantes de medicina. Apunta, igualmente, que la publicación fue de 1908 a 1910 bajo la dirección artística de don Enrique del Moral.

El propio Gil Jiménez, 13 años antes, en mayo de 1934, será quien, en el número 24 de la revista que pretendió ser la segunda época de *Don Quijote*, nos dé datos más precisos. Escribió entonces, en un número que la nueva camada de redactores dedicaba “a los maestros”, una evocación llena de nostalgia titulada “Cómo nació, cómo vivió y como murió la Revista de Arte *Don Quijote* Publicada por un grupo de Estudiantes del Colegio del Estado de 1908 a 1911”⁸.

8 Los editores de este nuevo *Don Quijote* fueron Manuel Frías Olvera, secretario de Redacción; Abraham García Verdín, Director y Fundador; José V. Medel, jefe de Redacción; y Héctor Labastida, jefe de Circulación. Habría de imprimirse de 1932 a 1940 alcanzando a publicar 42 ejemplares, por los menos. En 1935, cuando el escritor Eduardo Pallares publica un artículo titulado “Jesús y Carlos Marx” que no resultó del agrado del entonces director del Colegio de Estado, licenciado Juan Crisóstomo Bonilla, las oficinas de la revista, instaladas en el primer patio del

Gracias a esta publicación sabemos que no hubo un mecenas único sino dos: el ya mencionado Lorenzo M. Aburto, y el Lic. D. Eduardo Mestre Chigliazza; que la publicación primera de *Don Quijote* fue de enero de 1908 a febrero de 1911, que fueron en total 38 números de la revista; y que ésta transitó por cuatro imprentas: la de don Gilberto Carrillo, ubicada en la calle Estanco de Mujeres, hoy 6 oriente; la de Fernando Blumenkron y Eduardo Arrijoa Isunza, dueños de la casa tipográfica “El Heraldo de Puebla”, llamada así porque publicaban un periódico de ese nombre y que estaba ubicada en la Calle de Midieses número 3 (hoy calle 5 Sur); la “Imprenta Artística”, en la antigua calle de Cholula, hoy avenida Reforma, propiedad de don Guilebaldo Rangel, en la que don Manuel Campomanes era el encargado de la tipografía; y en “El Escritorio”, en la antigua Calle de la Santísima número 8, hoy avenida Reforma, propiedad de Don Enrique del Moral.

Gil Jiménez, quien militaría en las filas revolucionarias, cerrará sus recuerdos evocando que la revista desaparecería:

[...] cuando se desarrollaron en 1910 los acontecimientos políticos que tanto conmovieron al país entero y afectaron en forma muy directa a los Estudiantes del Colegio del Estado [...] los cuales transformaron de momento la marcha regular de nuestro periódico. Sin embargo continuamos en la dura brega y continuó apareciendo el Ilustre Manchego como siempre, con lanza en ristre; pero como la agitación política lejos de calmarse tomaba mayor incremento, consideramos que atravesando la patria por un momento de prueba de los más trascendentales, considerando que esa misma patria reclamaba nuestros esfuerzos juveniles en otras actividades más burdas, pero más importantes, decidimos abandonar nuestras labores periodístico-literarias para enfrentarnos con problemas de otra índole, mucho más serios y de mayor trascendencia política y

edificio Carolino, fueron clausuradas. No obstante, la presión estudiantil obligó al director del Colegio a dar marcha atrás. El incidente aumentó la popularidad de la revista y despertó la solidaridad de la prensa local, dice Cordero y Torres, quien añade que “el material literario no fue tan brillante como en los tiempos de los Cabrera, Alarcón, Jiménez y Aja, pero no dejó de ser guía en el campo literario de Puebla” (véase Cordero, *Historia del periodismo...*, 1947, p. 369).

social. Tuvimos que abandonar las regiones cerúleas del ensueño y de la ilusión para descender a la cruda realidad y abrazar con ardor, aunque poseídos siempre de nuestro innato quijotismo, la causa que nos pareció noble, y tuvimos que ofrendar a la patria nuestro viril y sano esfuerzo por obtener su mejoramiento moral y material.

Así fue como 'Don Quijote' sólo pudo alcanzar en su publicación el número siete de la cuarta serie, aparecido en el mes de febrero de 1911. Había vivido tres años y un mes. Sus páginas significaban el trabajo y el esfuerzo de los años más floridos de nuestra juventud. El recuerdo de estos ajetreos perdurará dulcemente en nuestros corazones. Nuestra misión cultural había terminado. También nosotros al finalizar el año de 1910 dejábamos de ser estudiantes. ¡Habíamos concluido la carrera! — ¡Adiós juventud henchida de idealismos y quimeras! — Otros ideales forjaban nuestra imaginación: el porvenir de la patria nuestra! (Jiménez 16).

Es seguro que en la memoria de Gil Jiménez estaba presente la fecha del 7 de julio de 1910. Un mes antes, el 26 de junio, se habían realizado las elecciones presidenciales dando por triunfador a Porfirio Díaz. El movimiento antirreeleccionista encabezado por Aquiles Serdán llamó a pedir la nulidad de las elecciones. Los estudiantes de la Escuela Normal, el Instituto Metodista, la Universidad Católica, pero sobre todo los del Colegio del Estado se unieron a ese llamamiento. Alfonso G. Alarcón, uno de los fundadores de *Don Quijote*, era además presidente de la mesa directiva de la agrupación estudiantil del Colegio del Estado. Lo seguía en orden de importancia Luis Sánchez Pontón. El sitio para la protesta era la Plazuela de San José. A ella acudieron decenas y decenas de personas. Esperaban a Aquiles Serdán para partir con rumbo al Zócalo de la ciudad. Sobre éste pesaba una orden de aprehensión. Las decenas y decenas de personas se convirtieron en una multitud cercada por las fuerzas del orden que no estaban dispuestas a dejarlas pasar y esperaban la aparición de Aquiles Serdán. La tensión subió de tono y empezó la represión. Las fuerzas armadas

arremetieron en contra de la multitud y apresaron, entre otros, a Alfonso G. Alarcón y a Luis Sánchez Pontón⁹.

Quizás el desarrollo de los acontecimientos políticos provocó un distanciamiento entre los artífices y directores de *Don Quijote* y contribuyó a su desaparición. Mientras Alfonso G. Alarcón, firme antirreeleccionista sufría prisión ese 7 de julio de 1910, dos meses después, en septiembre, Rafael Cabrera leerá su poema “Sumsun Corda” en las fiestas del Centenario y frente al presidente Díaz en el castillo de Chapultepec. *Don Quijote* dejará de salir en enero de 1911.

Un año más tarde, 1912, a sus 28 años, Rafael Cabrera vería el que —no podía saberlo— habría de ser su único libro, *Presagios*, si bien se publicaría de nueva cuenta, incrementado, en 1935, y en una edición póstuma en 1950 con más poemas y una presentación de Mario Amezcua. La imprenta que hizo posible *Presagios* pertenecía a Enrique del Moral, el mismo editor con quien había sacado la última serie de *Don Quijote*. Las tres ediciones, prácticamente inconseguibles las dos primeras, difieren en el número de poemas incluidos.

Esa actividad literaria sería la que le permitiría establecer relaciones con otros jóvenes estudiantes de la capital mexicana: Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, José Vasconcelos, Julio Torri, entre otros (Martínez 129). Ellos, en 1907, habrían de fundar la Sociedad de Conferencias para saltar a la palestra pública mostrando su capital cultural, el manejo de los bienes simbólicos tanto de la cultura occidental como mexicana y preparando eso que Fernando Curiel llamaría *La revuelta*, o la insurrección (en perfecto orden) de los intelectuales en contra de la filosofía del orden y el progreso, el positivismo que se había anidado en los estudios superiores y que había arrinconado a las Humanidades prácticamente en el olvido por considerarlas intrascendentes. Realizarían tres ciclos, en 1907, 1908 y 1910; antes, un año antes, en 1909, formarían el Ateneo de la Juventud. Deseosos de

9 Atenodoro Gámez, en su *Monografía histórica sobre la génesis de la Revolución en el Estado de Puebla*, le dedica un apartado a este episodio, véanse: “7 de julio de 1910” y “El admirable gesto estudiantil”, pp. 155-169. La prosa de Atenodoro Gámez es ágil y clara, pinta un fresco que evoca con fidelidad los acontecimientos de ese día.

aglutinar a quienes cultivaban el ejercicio de las letras, y por vía del secretario de Correspondencia, Pedro Henríquez Ureña, invitarían a Rafael Cabrera y Alfonso G. Alarcón para ser socios correspondientes. Esa participación, de exclusivo carácter cultural, brindaría, años más tarde, la oportunidad de que Rafael Cabrera ocupara cargos diplomáticos de importancia.

Su trayectoria diplomática

Rafael Cabrera trabajaría, en 1913, en la biblioteca José María Lafragua al tiempo que ejercía su profesión de médico civil agregado al Hospital Militar en Puebla. Tres años más tarde —cuando Venustiano Carranza cosechaba el reconocimiento de su gobierno por los de España, Francia, Inglaterra, Italia, Rusia, Austria, Venezuela y China—, llegaría a la ciudad de México. La diáspora del Ateneo de México (el que había cambiado su nombre en 1912 dejando, literalmente y por obvias razones, el de “Juventud” a las espaldas) era una realidad y Alfonso Reyes (con quien había iniciado correspondencia y amistad años atrás intercambiando libros y elogios: *Presagios por Cuestiones estéticas*) ejercía, gracias a la caída de Victoriano Huerta y el desempleo diplomático, el periodismo en España. Ese año, 1916, el iniciador del Modernismo, Félix Rubén García Sarmiento, alias Rubén Darío, fallecía a la edad de 49 años. Pedro Henríquez Ureña se encontraba en los Estados Unidos y su padre asumía, por un breve periodo, la presidencia de la República Dominicana.

Julio Torri recibiría a Rafael Cabrera en el Departamento de Conferencias y Propaganda en la Dirección General de Bellas Artes. Allí frecuentaría a Mariano Silva y Aceves, Carlos Días Dufoo Jr., Jorge Enciso, Saturnino Herrán, Ramón López Velarde, Genaro Estrada, Manuel Toussaint, Efrén Rebolledo y, eventualmente, a Enrique González Martínez, el poeta que había torcido el cuello al cisne rubendariano convocando al búho de Minerva (la antigua lechuza de Palas Atenea). En 1918 ingresaría a la Secretaría de Relaciones Exteriores para, al año siguiente, ser nombrado Segundo Secretario en Roma. En

1920 (y aprieto en breves líneas los que seguramente serían fatigosos años de trabajo diplomático) Bélgica; luego París (1921) como Segundo secretario y luego Encargado de Negocios en la Legación de México; en 1925, Holanda; volverá a México en 1931 en espera de nueva misión diplomática y se trasladará a la Argentina como embajador. En 1935 volverá a México, a decir de Serge I. Zaitzeff, algo desalentado después de haber renunciado a su puesto diplomático. Su lugar de residencia será la ciudad de México en la que fallecerá en febrero de 1943. Tenía entonces 61 años.

El poeta que había dejado su ciudad natal a los 32 años, dedicó 16 de su vida a la diplomacia. Vivió el tránsito final de la etapa violenta de la Revolución Mexicana y la construcción del moderno estado mexicano; fue, como Reyes, representante en el exterior de Obregón, Calles y los gobiernos del maximato. Vivió, aun cuando fuera en el exterior, la etapa nacionalista vasconceliana aunque descreería del nacionalismo “de jícara” que asomaría a las letras mexicanas en 1932 en un falso dilema de universalistas versus nacionalistas, y renunció a su empleo cuando los vientos de la política soplaron en dirección distinta con la llegada de Cárdenas al poder.

Sus traducciones

Retratos reales e imaginarios (1919), e *Historia universal de la infamia* (1935), libros de Alfonso Reyes y Jorge Luis Borges, respectivamente, no pueden concebirse sin la presencia de la obra del escritor francés decimonónico André Marcel Mayer, quien sería conocido como Marcel Schwob¹⁰. Schwob nace en 1867 y muere apenas anunciado el siglo, en 1905. *Vidas imaginarias*, una de sus obras fundamentales, fue escrita entre 1894 y 1896, cuando su autor contaba 27 años. De prosa puntual, en ocasiones fría, distante cuando su historia así lo reclama, pero cla-

10 Marcel Schwob es un autor continuamente redescubierto. En 2006 el Fondo de Cultura Económica de México publicó *Ensayos y Perfiles*; en 2007 la editorial “el olivo azul”, de Sevilla, España, imprimió *Mundos terribles. Relatos y crónicas inéditos*; en 2012 la editorial “Páginas de espuma”, de España, publicó *El deseo de lo único. Teoría de la ficción*; y en 2022, nuevamente el Fondo de Cultura Económica de México en su colección popular *La lámpara de psique*.

ra, refinada, bella siempre —en la que los adjetivos iluminan o ensombrecen al protagonista y mueven a la piedad o el extrañamiento pero nunca a la indiferencia— resultó una obra definitiva en los albores del modernismo mexicano.

La obra llegó a México en 1922. Su traducción primera, al menos once de los 22 relatos que lo componen, se debe a Cabrera. Rafael Cabrera llegó a Schwob gracias a Julio Torri quien, entre 1909 y 1911, habría conseguido, en la Librería Porrúa, un ejemplar de *Vies imaginaires*. Deslumbrado, no puede recurrirse a otro adjetivo, la hizo llegar a sus compañeros, Rafael Cabrera uno de ellos; éste, compartiendo el asombro, emprendería la traducción primero de otras dos obras del mismo autor: *Mimos* y *La Cruzada de los niños*¹¹; era 1917 cuando la editorial Cvltura los lanza a la circulación. *Vidas imaginarias* esperaría cinco años más para ser traducida. La obra de Schwob dejaría sentir su influencia en el siglo xx; Alfonso Reyes, con su ya mencionado *Retratos reales e imaginarios*, Martín Luis Guzmán con su *Muertes históricas*, la acusarían al igual que, entre otros, Julio Torri, Juan José Arreola, Rafael Bernal, Elena Poniatowska, Miguel Barnet, entre otros.

Las *Vidas imaginarias*, anota José Emilio Pacheco, “se hallan a medio camino entre la ciencia histórica basada en la investigación crítica y en la interpretación rigurosa de los hechos”¹². Schwob, añade, “se anticipa a los historiadores actuales que estudian la historia ya no en la biografía de los caudillos y los gobernantes sino en los testimonios de la gente común” (xvi). Piénsese en *El queso y los gusanos* de Carlo Ginsburg, ese cosmos que recrea un molinero en el siglo XVI. Todavía es:

11 Al inicio de la obra, Cabrera escribió: “Ofrezco esta versión a Julio Torri, que me inició en el conocimiento de Marcel Schwob. Plegue a los dioses que desconozca la vejez, y que vea sus días colmados de dones amables y risueños. RC”.

12 Las primeras once vidas se deben a la traducción de Cabrera, las restantes, hechas por el prologuista, son un homenaje al primero. Véase Schwob 1999. Pueden consultarse, también, los artículos escritos por José Emilio Pacheco en las revistas *Proceso* números 713 y 715, del 2 y 16 de julio de 1990, respectivamente. En el 2016 Martí Soler realizó la traducción de *La lámpara de Psique*, obra en la que Schwob agrupa cuatro de sus obras: *Mimos* (1894), *La cruzada de los niños* (1896), *La estrella de madera* (1897), y *El libro de Monelle* (1895). *La lámpara de Psique* habría sido publicada en 1902. En su trabajo de traducción recurrió a la hecha por Rafael Cabrera.

Más sorprendente aun [...] la presencia espectral de Schwob en libros de hoy, como *A History of the World in 10 1/2 Chapters* del joven novelista inglés Julian Barnes y, sobre todo, en un trabajo histórico al margen de la reconstrucción literaria: *Lucha por la supervivencia en la América colonial* (Sección de Obras de Historia, FCE) en que figuran por ejemplo las biografías de Isabel Moctezuma, precursora del mestizaje, por Donald Chipman, y Beatriz de Padilla, amante y madre en la Nueva España del siglo XVII, por Solange Alberro (Pacheco, *Proceso*, 1990).

Tal —si es cierta (como creo que lo es) la afirmación de Reyes de que todo lo sabemos entre todos—, la influencia en las letras que, al menos en México, haría posible la traducción temprana hecha por Rafael Cabrera.

Pero el trabajo de traductor de Cabrera, en realidad creador de la versión al castellano del simbolista francés, no se reduciría a éste. Sabemos que tradujo poemas en prosa de Aloÿsus Bertrand y su *Gaspar de la nuit*; una *Antología del amor asiático* de Aldolphe Thalaso; una *Apolo-gía del taoísmo* de Giuseppe Tucci; del escritor belga Maurice Maeterlinck, y con Efrén Rebolledo, al menos dos relatos, “La muerte” y “El huésped desconocido”. En 1917 la editorial Cvltura publicó *El cantar de los cantares*, puesta en escena por Jean de Bonnefon, esa celebración mística no exenta de erotismo. Obra hoy desconocida.

El otro Rafael Cabrera

Los trazos biográficos de Rafael Cabrera son, en el mejor de los casos, austeros. Poeta, como ya se ha dicho, de un solo libro, traductor de los textos antes mencionados, la imagen que de él tenemos semeja la brevedad de las líneas con las cuales la Bohemia Poblana honró su memoria en ese ya lejano 1954: “Hizo florecer el sentimiento en las almas”; “Sirvió dignamente y honró a la patria”. La palabra, que puede liberar, también aprisiona. Es el caso. Sus poemas, a lo que no he hecho referencia, hoy nos resultan lejanos por su cercanía al Modernis-

mo. Tinta ha corrido desde entonces y las sensibilidades son distintas; sería injusto desde nuestro horizonte histórico calificar la escritura de las emociones de otro tiempo, no obstante, Pedro Henríquez Ureña apreciaba los valores de una poesía medida y sugestiva alejada de todo decadentismo. Escribió el dominicano:

Poeta del amor y del dolor, poeta de los ideales que para él simboliza el héroe de Cervantes, poeta, en fin, de sentimientos delicados y emociones sutiles; puro y elegante, a la vez que castizo y moderno, tal se presenta Rafael Cabrera en sus *Presagios* (en Zaitzeff 6).

Las palabras de Henríquez Ureña eran pronunciadas en 1912, recién aparecido *Presagios*; Alfonso Reyes, quien también recibió un ejemplar, ofreció una nota crítica y lo encontró *prometedor*, un libro que no deja de tener “bellas realizaciones”, señaló entonces. Sería —no lo sabían entonces, el porvenir estaba abierto— el único. Salvo los poemas que añadiría en 1935 y los que se aparecerían en la edición póstuma de 1950, Cabrera no escribiría más.

Mantendría, no obstante, correspondencia tanto con Alfonso Reyes como con Julio Torri. De la mantenida con Reyes se conservan 89 cartas, 13 del autor de *Cuestiones estéticas* y el resto, 76, de Cabrera; el periodo que abarca cubre los años de 1911 a 1938. De su intercambio epistolar con Torri, 1919 a 1925, se conservan 29, dos del propio Torri y 27 de Cabrera. Si en el intercambio mantenido con Reyes Cabrera adopta siempre la actitud del alumno ante el maestro, de confianza y respeto, con Torri despliega una prosa vivaz, colorida, puntual. Es, Cabrera, un hombre que reivindica las palabras con las que se le presentaba en el *Florilegio* de 1913: “Cultiva habitualmente la erótica” se escribió de él no sin razón.

En Roma, desde donde empezó a escribirle a Torri, Cabrera encontraría las palabras justas para describir sus estremecimientos ante la belleza, la alegría, y el desenfado femenino. Le escribe a Torri en abril de 1919:

Sin escrúpulos puede uno enamorarse, como en los cuentos, de una lavandera... porque las hay bellísimas, capaces de poner en peligro la inveterada castidad de D. Luis González Obregón. Vas por una calle; de repente escuchas una voz de mujer [...] Vuelves el rostro, y te encuentras quince o veinte mujeres, vestidas de blanco, aplanchando ropa; como eres sensible a todas las manifestaciones de la belleza, te detienes, y entonces... se fijan en ti los ojos más tiernos que imaginarte puedas, y te estremeces hasta la médula de los huesos... (Torri, *Epistolarios*, 325).

O en julio de 1919:

Julio, se llama Ornella di Sangro, y Linda de Benedetto, y Luciana, y Nerida, y Germana, y Nini... ¿para qué continuar con más nombres sonoros? Tu espíritu claro me comprende y basta. No todos los habitantes de Roma son ángeles. Vas por la Via dei Condotti, o por el Corso Umberto I, que se extiende desde la Piazza del Popolo hasta la Piazza di Venecia (el Plateros de aquí), y a cada milímetro encuentras una ocasión de pecar; y como en tu programa no está en primer término el mantenimiento y la difusión de la castidad, pues... pecas, ya que el mejor modo de no tener tentaciones, es ceder a ellas, según Rebolledo y Wilde. Julio mío, el Corso está lleno de peligros. Invariablemente oirás una voz grave, ronca, velada que te dice: "Senti, andiamo a far l'amore"; y tú vas magnetizado por unos ojos de brasa, por unas caderas perfectas, y por unos senos que marcan sobre el ligerísimo vestido los pezones erectos. Y vas... [...] No hay remedio; es el tributo del noviciado, y hay que pagarlo. Yo lo pagué. Tú lo pagarás, y hasta es posible que reincidas (326-327).

Cartas que habrían de ser la delicia de un Torri con quien compartía el interés por amor y el erotismo, un Torri que haría lo propio cuando, a su vez, represente a México en Brasil y Argentina. Cartas que, a diferencia de la representación que hace de la mujer en sus poemas de *Presagios*, muestran la sensibilidad, la alegría por la vida y ese hondo placer de encontrarse en ellas para, acaso, perderse.

En 1925, en la última carta que Torri conservaría de Cabrera, una carta secreta, el poeta poblano le escribe invadida su alma de saudades por la inevitable partida: “¡Oh, Julio! ¿Por qué tendré que irme de Roma, donde pasé unos días de magia? ¿En qué manos iré a caer? ¿Quién nos calmará esta sed, oh Julio, quién? Te abrazo, Rafael” (361).

Sólo una sensibilidad como la de Rafael Cabrera podría escribir la versión al castellano de Marcel Schwob y sus *Vidas imaginarias*, sus *Mimos* y *La Cruzada de los niños*.

Coda

Marcel Schwob escribió que los biógrafos, al creerse historiadores: “Nos han privado [...] de retratos admirables. Han supuesto que sólo la vida de los grandes hombres podía interesarnos. El arte es extraño a estas consideraciones. [Es necesario] narrar con el mismo cuidado las existencias *únicas* de los hombres, ya hayan sido divinos, mediocres o criminales¹³” (1999, 14-15). La Historia decimonónica, con mayúscula, refería la historia de los “grandes hombres” a la manera de Carlyle o Emerson, o se ocupaba y preocupaba, inútilmente, por encontrar las leyes que, suponía, regían el desarrollo de las sociedades humanas. Hoy sabemos que nuestras indagaciones históricas son un diálogo continuo, renovado, con representaciones de los hechos descritos o narrados en el pasado y que el azar juega, tanto como la voluntad de los hombres, un papel en el desarrollo de los acontecimientos. La historia, como la quería Edmundo O’Gorman:

[...] imprevisible como lo es el curso de nuestras mortales vidas; una historia susceptible de sorpresas y accidentes, de venturas y desventuras; una historia tejida de sucesos que así como acontecieron pudieron no acontecer; una historia sin la mortaja del esencialismo y liberada de la camisa de fuerza de una supuestamente necesaria causalidad; una historia sólo inteligible con el concurso de la luz de la imaginación; una historia-arte, cercana a su prima hermana la narrativa literaria; una historia de atrevidos vuelos y siempre en

13 Cursivas en el original.

vilo como nuestros amores; una historia espejo de las mudanzas, en la manera de ser del hombre, reflejo, pues, de la impronta de su libre albedrío para que en el foco de la comprensión del pasado no se opere la degradante metamorfosis del hombre en mero juguete de un destino inexorable (18).

nos permitirá, a partir de una mayor relación con la literatura, con las herramientas de la escritura, resignificar ese pasado para mejor comprenderlo. Schwob —discípulo de Ferdinand de Saussure, el padre de la lingüística, para usar una expresión muy siglo XIX—, empleó sus habilidades de filólogo en la indagación histórica y en la creación de los personajes que darían origen a sus *Vidas imaginarias*. El valor estético de su obra conmovió a Cabrera sin que éste pudiera imaginar cuán importante podría ser su traducción para el desarrollo posterior de las letras mexicanas. Si el historiador trabaja con la escritura, el cultivo de ésta en sus más altas expresiones artísticas no debe serle ajeno, al contrario.

De la vida de Rafael Cabrera sabemos poco. Su narrativa y obra poética no ha sido reimpresa en su totalidad; de sus traducciones —salvo *Vidas imaginarias*, *Mimos*, y *La cruzada de los niños*—, nos resultan desconocidas *Gaspar de la nuit*; la *Antología del amor asiático*, la *Apología del taoísmo*, y *El cantar de los cantares*. Deben ser halladas y vueltas a imprimir. Resulta imprescindible rescatar, para la historia de la literatura en Puebla, a *Don Quijote*, aquella revista que le abriera las puertas al Ateneo de la Juventud, como imprescindible es abordar a Cabrera mismo desde su horizonte histórico, sus afinidades y diferencias, sus fobias y filias.

A diferencia de la frialdad del bronce que nos recuerda su paso por esta tierra, de las frases grabadas en el hemiciclo que ciñen su personalidad, Rafael Cabrera se nos revela como un hombre de vida intensa y apasionada cuyo comercio con las musas terminó tempranamente. Imposible saber hacia dónde la habrían llevado las influencias del modernismo temprano; acaso su relación con otras literaturas, sus trabajos de traducción afectasen la propia obra hasta sumirlo en, sin

eufemismos, la esterilidad literaria. Luego de su formación en la angelópolis, su paso por la ciudad de México, sus trabajos diplomáticos en Europa y Sudamérica, fijaría su residencia en la capital hasta su muerte. No sabemos si Cabrera volvió eventualmente a Puebla; lo cierto es que su presencia está, si cabe el oxímoron, llena de olvido.

Referencias

- Alarcón, Alfonso G. y Ricardo Saúl Rodiles. *Florilegio de poetas y escritores poblanos y por nacimiento, o por haber hecho en el estado su carrera literaria*, editor Enrique del Moral, Puebla, 1913.
- Alarcón, Alfonso G. y Ricardo Saúl Rodiles. *Florilegio de poetas y escritores poblanos y por nacimiento, o por haber hecho en el estado su carrera literaria*, edición facsimilar Colección "Memoria poblana", prólogo de Gerardo Díaz y Cortés, Puebla, Editorial ACD, 2002.
- Blázquez Espinosa, José Carlos. *De lides poéticas, sus protagonistas, y un combate al modernismo*. 2022. Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Tesis de doctorado. <https://hdl.handle.net/20.500.12371/17771>
- Cabrera, Rafael. *Presagios*, editor Enrique del Moral. Puebla, 1912.
- Cabrera, Rafael. *Presagios*, segunda edición. Puebla, La Enseñanza, 1935.
- Cabrera, Rafael. *Presagios*, tercera edición, prólogo de Mario Amezcu. [Sin editorial], México, 1950.
- Cabrera, Rafael. *Breve antología poética*, colección "Rescate y Homenaje". Secretaría de Cultura, Gobierno del Estado de Puebla, 2002.
- Cordero y Torres, Enrique. *Poetas y escritores poblanos, 1900-1943*. Puebla, Bohemia Poblana, 1943.
- Cordero y Torres, Enrique. *Historia del periodismo en Puebla 1820-1946*. Puebla, Editorial Bohemia Poblana, 1947.
- Curiel, Fernando. *Tarda necrofilia. Itinerario de la segunda Revista Azul*. Universidad Nacional Autónoma de México, 1996.
- Curiel, Fernando. *La revuelta. Interpretación del Ateneo de la Juventud (1906-1929)*. Universidad Nacional Autónoma de México, 1999.
- Esparza Soriano, Antonio. "Las letras universitarias del siglo XX". *Tiempo universitario. Gaceta Histórica de la BUAP*, año 4, núm. 17, 2001, <https://dga.buap.mx/sites/default/files/Tiempo%20Universitario/2001/17/index.html>
- Gámez, Atenodoro. *Monografía histórica sobre la génesis de la Revolución en el Estado de Puebla*. Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1960.
- Hernández Luna, Juan. *Conferencias del Ateneo de la Juventud*. UNAM, 2000.
- Jiménez, Gil. "Cómo nació, cómo vivió y como murió la Revista de Arte *Don Quijote* publicada por un grupo de Estudiantes del Colegio del Estado de 1908 a 1911". *Don Quijote*, segunda época, número 24, mayo de 1934, pp. 16-17, 35.

- Monroy, Atenedoro, "Valor estético de las obras de la escuela decadentista", en *Los Juegos Florales de Puebla organizados por los alumnos del Colegio del Estado*, Puebla, Tipografía de los señores Campomanes y Compañía, 1903, pp. 213-278.
- O'Gorman, Edmundo. *El arte o de la monstruosidad*. Planeta, Conaculta, 2002.
- Pacheco, José Emilio. "Vidas imaginarias". *Proceso*, núm. 713, 2 de julio de 1990.
- Pacheco, José Emilio. "Otra vez Marcel Schwob". *Proceso*, núm. 715, 16 de julio de 1990.
- Palma Castro, Alejandro y Ruth Miraceti Rojas Jiménez. "Don Quijote. *Revista Mensual de Arte* (1908-1911): estudio inicial de la cultura literaria en Puebla durante la primera década del siglo XX". *Connotas. Revista de crítica y teoría literarias*, núm. 21, 2020. DOI: <https://doi.org/10.36798/critlit.vi21.330>
- Reyes, Alfonso. *Obras completas de Alfonso Reyes*. Tomo IX. Primera reimpresión. Fondo de Cultura Económica, 1981.
- Rojas Jiménez, Miraceti. *Revistas literarias en Puebla (1908-1913): Índices y reconstrucción del campo literario*. 2020. Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Tesis de Doctorado.
- Schwob, Marcel. *Vidas imaginarias*, versión de Rafael Cabrera. Cvltura, 1922.
- Schwob, Marcel. *Vidas imaginarias*, tercera edición, prólogo de José Emilio Pacheco. Editorial Porrúa, 1999.
- Torri, Julio. *El ladrón de ataúdes*, prólogo de Jaime García Terrés, recopilación y estudio preliminar de Serge I. Zaïtzeff. Fondo de Cultura Económica, 1987.
- Torri, Julio. *Epistolarios*. Nueva Biblioteca Mexicana, Universidad Nacional Autónoma de México, 1995.
- Vallejos, M.A. Raúl. *Imagen del poeta Rafael Cabrera*. Puebla, Bohemia Poblana, 1959.
- Zaïtzeff, Serge I. *Alfonsadas, correspondencia entre Alfonso Reyes y Rafael Cabrera, 1911-1938*. El Colegio Nacional, 1994.